

IN MEMORIAM: JESÚS LIZ GUIRAL



El pasado día 23 de mayo, tan solo dos semanas antes del momento en que se redactan estas líneas, nos dejó para siempre nuestro compañero Jesús Liz. Las manifestaciones de condolencia recibidas en nuestra reducida colectividad universitaria en estos pocos días han sido muy numerosas. Contra su voluntad habitual de hombre discreto, que siempre rechazó la irrelevante vanidad y hasta el inevitable limitado protagonismo que a veces acompaña la actividad académica, su desaparición ha conmocionado a nuestro pequeño mundo.

No es probable que Jesús estuviera muy de acuerdo con que se le recordara en este texto por lo que ha sido su vida académica, sus trabajos y el gran impacto que dejó en todas las generaciones de estudiantes a los que impartió sus enseñanzas. Lo más seguro es que rechazara que se escribiera sobre él en cualquier tono. Las palabras con las que ahora lo despedimos solo aspiran a traer su presencia viva a nuestra memoria, para que esto nos aporte, si es posible, algo parecido a la aceptación y el consuelo.

Jesús llegó en diciembre del año 1992 a la Universidad de Salamanca como catedrático de Arqueología y durante una década estuvo integrado en el Consejo de Redacción de *Zephyrus*, pero Salamanca fue solo uno más de sus lugares afectivos. Desde siempre se sintió también vinculado a Zaragoza, donde nació, estudió y en cuya universidad presentó su tesis doctoral bajo la dirección de Manuel Martín-Bueno. También a Córdoba, en cuya universidad pasó seis años, y a León, donde impartió docencia otros cinco. En sus conversaciones recordaba con frecuencia los viajes de Córdoba a Zaragoza y viceversa



Cavoli (Cerdeña), agosto de 1991, J. Liz dibujando maderas de un barco de c. 1440

en aquella expedición, o se las oyeron contar alguna vez, recuerden las historias de las campañas de los años 1993 a 1995 en la Antártida, donde como miembro de un equipo multidisciplinar estuvo buscando el desaparecido San Telmo, buque español que decidió descubrir el continente austral, pero solo por error y para morir en sus costas. Las excavaciones de los restos de hogares de los cazadores de focas que usaron como combustible pingüinos secos y prensados (“un espectáculo, una cosa horrible, pobres pingüinos”, decía Jesús) o las expediciones de paseo a las bases de las expediciones vecinas para matar el aburrimiento de los ratos muertos entre las rocas, el océano y el hielo, de las que a veces se volvía con un simpático pin recibido a cambio de la última botella de vino o de un paquete de tabaco que allí se cotizaba caro. O cómo en Cerdeña, la desaparición de un motor de embarcación fue fácilmente solucionada cuando el personal italiano de la excavación reconstruyó el itinerario de transacciones por las que habría pasado a esas alturas el susodicho motor e informaron al equipo español de por dónde andaría en esos momentos de circulación oscura. Recuerdo también una ocasión, en la que yo estaba intentando superar un equívoco humillante y Jesús empezó a hablar con un “yo también una vez abracé a un policía jordano” y, solo tras una pausa para ganar efecto me explicó cómo, en el aeropuerto de Ammán, confundió el gesto del policía de seguridad aeroportuaria, que le estaba marcando la postura que tenía que adoptar para un cacheo, con un saludo de bienvenida.

Solo por estas historias el oyente podía enterarse de la diversa e internacional labor investigadora que Jesús desempeñó, porque nunca le gustó alardear de ella. Probablemente estas actividades, en la Antártida, en Jordania, en Cerdeña, aunque conocidas por todos sus colegas, sean novedad para los estudiantes a los que impartió sus enseñanzas, ya que presentarlas en clase le exigía asumir un protagonismo al que siempre fue reacio. Así, habiendo participado en expediciones, que en la práctica arqueológica habitual son más bien excepcionales, él prefería recurrir a ejemplos de manual por el temor de que presentar en clase sus propios trabajos se confundiera con una forma de vanidad. No consignaré aquí su importante producción científica, sus publicaciones o comunicaciones en congresos y coloquios. En esa galaxia virtual de la red global, en la que a él le gustaba navegar, podrán encontrar las personas interesadas en ello —y que todavía no la conozcan— la importante producción científica de Jesús que respalda su actividad investigadora.

De un famoso blog cuya nave nodriza estaba situada en la Universidad de Zaragoza y en el que Jesús escribía transmutado en un supercomputador tomo este párrafo que recuerda ese sentido del humor que le era tan propio y que todos los que lo trataron reconocerán:

“Ahora, pasados los años y habiendo tomado confianzas al espacio interestelar, yo (HAL9000.013, en adelante sólo HAL9000, para abreviar) viajo en un minimonolito descapotable, algo así como un monolito deportivo o de carreras, que me permite trasladarme de un lado a otro de la Galaxia, en menos de lo que se chupa un espárrago, con mi hermosa melena de datos, como un aura de unos y ceros despeinada por el mismísimo Llongueras, ondeando al viento solar de turno, que, vista desde otros ángulos, la Galaxia digo, no es tan Láctea, ni mucho menos, ni indica tan claramente el camino a Santiago de Compostela como a todos os parece”.

Espero de verdad, amigo, que ahora disfrutes de verdad de todas esas galaxias. Contigo las risas eran tan fáciles que al recordarte no nos sale el llorararte.

Enrique Ariño Gil

en un famoso R12 (al que siempre defendió como automóvil imbatible) para encontrarse con María Teresa Amare, Maite, la que luego fue su mujer, profesora de arqueología como él y también desgraciadamente desaparecida. Que la profesión le había llevado de un marco incomparable a otro, solía decir cuando se le preguntaba por esta mudanza de casa en casa y de una ciudad monumental a otra.

Al escribir ahora sobre Jesús no quisiera apropiarme de las anécdotas que compartimos, sino recuperar algunas de las historias que todos los que lo conocieron habrán escuchado de él personalmente. Así, quizá, algunos lo recuerden contando los detalles de su visita guiada a Las Médulas, acompañando a un profesor visitante de la URSS y manteniendo la seriedad, pese a que la intérprete que los acompañaba (una rusa poco conforme con su destino de rusa nativa que se había mudado a España para siempre), antes de traducir apostillaba con críticas las frases del profesor ruso (a eso Jesús solo respondía “traduce, por favor, solo traduce”), mientras éste, vestido con abrigo y gorro ruso extrañaba su vista en el paisaje. Quizá, también, algunos de los que lo acompañaron